

EDUARDO BARRIOBERO Y HERRÁN

Vocación

Novela documentaria

Vocación,
novela de Eduardo Barriobero

ESTE CHICO ES INCANSABLE; ¿cuándo duerme, come, pasea y se divierte? Realiza en el foro una labor sostenida y difícil, casi aplastante; escribe para la prensa, traduce, hace «cosas» teatrales; perora en los mítines, estudia mucho por necesidad, lee, se le ve en algún café o reunión, politiqua... y aún le queda tiempo hábil para hacer cosa tan ardua y delicada como una novela, y una novela que merece este nombre; por supuesto, de tendencia, eso ante todo; un hombre como don Eduardo no ha de molestarse en llenar cuartillas sin otro fin que divertir al lector o hacer suspirar a la lectora novelera e impresionable.

Vocación es una novela trascendental, y, como él mismo la titula, documentaria; no es la primera que así califica: el documento humano; he ahí una predilección de Barriobero. Él sabe usarlo, en sus manos produce cuantos efectos se propone el novelista.

Me guardaré bien de compendiar o indicar el asunto de esta novela, sería un atentado contra el lector. Sepa este que la acción se desarrolla en Aragón, que es caliente e intensa, instructiva, profunda en su pensamiento, galana y viril en su verbo, interesantísima en la acción y sin mezcla de malsanos modernismos melencólicos y escepticismos decadentistas, desconsoladores, impotentes para la afirmación del bien en presencia del mal y la desdicha.

El que esto escribe ha saboreado con delicia las páginas de *Vocación*. Si el lector quiere más autorizada garantía, que la busque; si esta le merece confianza y adquiere el libro, seguramente no le pesará.

R.¹

1 Reseña publicada en *El País* el 15 de marzo de 1910, atribuida a José Ferrándiz y Ruiz.

Vocación

PARTE PRIMERA

I

ESTAMOS, LECTOR, EN ZARAGOZA, y ya ves que no me propongo intrigarte mucho cuando en la primera línea de mi libro te digo el *lugar en donde*, para que vayas haciendo tus cuentas. Demasiado sé que una novela se empieza por cualquier parte y en cualquier momento; pero yo tengo la desdicha de ser un poco lógico en todas mis cosas y me gusta desdeñar la incoherencia, aun cuando reconozco que es un elemento artístico de primer orden.

Estamos junto a la Universidad, cuya historia podía contarte al detalle, porque la conozco muy bien, como la conocen todos los que a la vez que yo eran estudiantes cuando se celebró el centenario de su fundación.

No busques en torno de la Universidad tiendas de libros; fíjate un poco y verás que en Zaragoza, en Madrid, en Barcelona y en todos los pueblos de España, junto a las escuelas hay tabernas, pastelerías, casas de juego y lupanares, por ser estos y no otros, los vergeles con cuyas rosas gusta de adornar su frente la Diosa Juventud. A muchos les parece mal; pero los que dejamos nuestra mejor vida entre las páginas de libros indigestos, cuando cumplimos los treinta otoños nos sentimos abrumados por el pesar de no haber gozado bastante.

Hay además una razón sociológica que justifica el que en nuestro país, la taberna, la tafurería y el lupanar den guardia de honor a la escuela. ¿No tenemos afiladores que componen tragedias a la grie-

ga, comerciantes judíos que presiden juntas de caridad, abogados que diagnostican enfermedades complicadísimas, y médicos que saben al dedillo el proceso terapéutico de una *litis contestatio*? Pues si aquí nada está en su sitio, dejemos los naipes y el jarro en el lugar de los libros, vendamos a Kempis para comprar a Epicuro, elaboremos metafísica en los bailes de carnaval y hablemos de *cocottes* en el Ateneo. De este modo, nuestra intelectualidad tendrá siempre su símbolo en la página horaciana:

Humano cápite, cervicem pictor equinam, y si no deslumbra, por lo menos causará regocijo, cosa muy útil. ¿Quién duda de que merece más el que hace reír que quien inventa una fórmula algebraica? ¡Reír es hoy tan difícil!

Perdona, lector; ya bajo del estrado para llevarte a mi novela, cuyos personajes no son gigantes que vayan a montar el Atlas sobre el Pelón y el Osse para subyugar a los dioses, sino estudiantes pigres que van desde el café del Piojo a la taberna de Alcover.

El café del Piojo es un recinto cuadrangular, en la planta baja de un caserón antiguo; sus divanes, que fueron azules en los tiempos polícromos de Agustina y Jorge, tienen hoy un color grisáceo, verdaderamente glauco; están calvos en toda su extensión y salpicados de manchas, en las que, si el mundo de los microbios no es una fantasía de la ciencia, deben de vivir colonias innumerables; simétricamente colocadas, hay hasta docena y media de mesas, cuyo mármol, sobre la pátina de un uso constante y prolongado, ostenta signos incoherentes, como jeroglíficos arios, debidos a la navaja de algún aburrido o al continuo arañar del dominó; adornan las paredes grandes espejos con marcos de purpurina desconchada, y en sus lunas hay motas y hoyuelos semejantes a huellas de una enfermedad cutánea; del techo penden algunos mecheros de gas con los brazos desmayados y el metal cubierto de óxido, polvo y deyecciones de insectos.

En la ciudad invicta, el café del Piojo es uno de los más concurridos. Ocúpanlo por la mañana los estudiantes, por la tarde los retirados del Ejército, entre los que suele acudir algún veterano que

cuenta haber hecho armas contra las huestes triunfadoras de Napoleón y narra episodios legendarios que oye la concurrencia, disponiendo del mejor modo los sentidos espirituales y corporales. Por la noche lo invaden las sacerdotisas de Cytheres, que tienen sus templos en callejones próximos al Coso, la calle Mayor y casi todo el barrio antiguo, en busca de víctimas que sacrificar en sus altares.

Son las diez de la mañana; el enjambre estudiantil ha salido atropellándose por las puertas de la Universidad y se ha dividido en numerosos grupos, de los que unos rodean al barquillero, a la vendedora de bollos otros, otros se dirigen a la taberna de Alcover, y otros, por último, entran en el café del Piojo.

Corre el mes de abril y el azote del Moncayo hiere sus rostros mal cubiertos por raídas capas y atávicos gabanes; el carnaval sepultó en la prestancia las prendas de lujo, y los estudiantes se arropan como pueden, esperando a que el piadoso verano los emancipe de la mugre y el zurcido.

Todos, excepto uno, se han sentado en el rincón más oscuro del café, sin cambiar señas ni frases, como si se dirigieran a realizar un misterioso designio. El que no sigue a sus compañeros es conocido entre ellos por el mote de Alcibiades; lo ganó por su prudencia, su carácter sombrío y su valor probado en las pendencias que cotidianamente se traman en los claustros universitarios, y lo lleva con orgullo, como un glorioso apellido familiar. Ocupa una mesa en el ángulo fronterero; en actitud meditabunda lía un cigarro de mal tabaco, y pronto lanza al espacio chorros de humo que parecen arrastrar a los abismos del caos su pensamiento. Alcibiades tiene gran estatura y en proporción a esta cualidad están conformados su pecho y sus miembros; es rubio y sus ojos azules miran vagamente, como si arrastrados siempre por un solo ideal, despreciaran todo lo que ni depende ni emana de la fuerza que subyuga su actividad entera; cuando habla, parece que con movimientos nerviosos exprime su cerebro, y van cayendo en la conversación las ideas vestidas de palabras. Acciona con los puños cerrados, y su gesto tiene siempre

una nota agresiva que se acentúa cuando diserta o discute acerca de ciertos temas.

—¡Un caballo, Alcibiades! —grita desde el grupo el que tiene en la mano la baraja.

—Salta en él media peseta, y ya me diréis lo que resulta —contesta el aludido, sin cambiar de actitud ni revelar en su voz las emociones propias del que juega.

—Perdiste; ha saltado el cuatro.

—Pues ahí va una peseta, cuyo resto saltará en el primer caballo.

En el grupo no se oye más ruido que el del cobre arrastrado en el mármol, porque la baraja está tan blanda que sus cartas no chasquean; Alcibiades fuma y medita sin impacientarse por el resultado de su apuesta.

—¡Ya lo tenemos aquí! —grita el banquero.

El interesado no contesta, y poco después sobre el grupo de jugadores se alza una mano para tirar dos pesetas al escéptico estudiante que, inmutable, las recoge y las guarda en el bolsillo de su chaleco.

Algo así como el graznido de un cuervo ha sonado en la puerta del cafetucho, y por ella, apenas separada del marco, se acaba de deslizar un esqueleto envuelto en una capa de color de ala de mosca, llena de manchas en los espacios que los agujeros dejan libres. Avanza el nuevo contertulio hasta el rincón de los jugadores, y con sonrisa burlona y triste, pregunta:

—¿Se admiten *casados*?

—Lo que tú quieras —apresurose a decir el banquero.

—Pues entonces voy a llamar al bedel para que aproveche la ocasión.

El chiste no ha caído bien y como protesta todos lanzan alaridos de llanto grotesco y contrahecho.

—Te pago una copa, Lozano, si no reincides —dice Alcibiades al embozado esqueleto.

—Acepto, pero no me llames Lozano; soy el más mustio que hay en este pueblo, y la naturaleza o la casualidad me mortifican con esa cruel antinomia.

—Y ¿cómo he de llamarte?

—Por mi nombre y no por mi apellido: León.

—Y lo de León, ¿no es también antinomia?

—León flaco se concibe mejor que *lozano* marchito.

—¿Qué quieres beber?

—Lo de siempre: aguardiente.

—Bajo una mala capa se esconde un buen bebedor.

—No, amigo mío; así lo decimos hoy, sin fijarnos en lo incoherente de la frase; pero lo que se escondía con frecuencia en las noches de picardihuelas y aventuras galantes de nuestros don Juanes y don Ávaros era un buen *babador*, esto es, la prenda de Corte del caballero bajo la mala capa del rufián.

—Echa esos cinco, que te ha salido bien el discursito; eres un sabio, una polilla de biblioteca cuyo destino es morir aplastada entre los folios de algún *palimpsesto*.

—Desde que sé beber el aguardiente, ya no envidio a los Césares romanos. ¿Qué valen las perlas diluidas en vino de Sorrento, al lado de esta fuente de poder y sabiduría?

—Luego tú eres uno de esos poetas que deben al alcohol su inspiración...

—No, querido; el aguardiente influye en la forma, pero no engendra; cuando no bebo soy poeta lírico; después de beber soy poeta épico; por lo demás, mi musa no es borracha.

Óyese de nuevo el chirrido de la puerta, y esta vez se abre del todo para dar paso al bedel de la Universidad, que por su corpulencia es un verdadero gigante; su rostro afeitado le da un aspecto cardenalicio que se acentúa en las solemnidades académicas, cuando cambia la abotonada librea de ujier por la dalmática ornamental de macero. Ignacio, que así se llama, es bonachón, tanto como es preciso para ser bienquisto de mil jóvenes de distintas procedencias,

opiniones y caracteres; su aspecto exterior no solo anuncia, certifica la placidez de su espíritu; no se concibe a los gigantes gruñones ni agresivos; acaso porque desde la montaña de su robustez miran lo normal como juguete que puede hacerse pedazos a la más ligera presión de sus dedos, todo lo tratan con dulzura, piedad y cariño; tal vez esta hipótesis invertida pueda explicar por qué son los pequeños, en general, hombres de mal carácter; aquellos cuya estatura no alcanza a cinco pies son o bufones o panteras, si la debilidad física y la impotencia mental completan su desgracia; bufones, cuando el despecho los lleva a revolcarse sobre los cenagales de la burla; panteras, cuando, por no ceder la naturaleza a su empuje débil y vacilante, se ven obligados a ensañarse en el esfuerzo.

Ignacio, sosteniéndose la barriga con las dos manos, ha llegado hasta el grupo de los jugadores y en tono paternal les ha dicho que, transcurrida ya la media hora de descanso, van a comenzar las clases. Tira el banquero la última *talla* y empieza el desfile, silencioso como la entrada.

Lozano se dispone a salir también; pero Alcibiades, que ha decidido no asistir a la lección de aquel día, lo retiene a su lado. Pasa junto a ellos el bedel sonriente, y en tono de reconvención amistosa les dice:

—¡Ah, pilletes!... ¡Si os vieran vuestros padres como yo os veo!

Lozano se yergue solemnemente y con aire doctoral replica al buen Ignacio:

—Si nuestros padres pudieran vernos como tú nos ves, el telescopio sería la idiotez más grande que ha podido concebir la Ciencia... Mis padres están en la provincia de Burgos...

El bedel saludó al poeta con una palmadita en el hombro, y sosteniéndose la barriga con las dos manos, salió a cumplir sus deberes universitarios.